

se hamacaban los matojos  
al soplo del manso viento,  
y el crepúsculo violento,  
que a la noche precedía,  
por el poniente subía  
emponchando el firmamento...

En la campaña argentina  
hasta los pagos más bastos  
era un océano de pastos  
y de gramilla genuina;  
la calandria vespertina  
desde el fragante laurel  
cantaba al Véspero fiel  
entre las sombras campestras  
e iban los patos silvestres  
abandonando el jagüel.

Todo invitaba a la paz  
y a evitar todo fandango:  
buscaba el nido el chimango  
y su rama la torcaz;  
pero esta "yunta" jamás  
ni de noche descansaba,  
a todo se aventuraba  
y era la misma inquietud,  
que iba a llevarlos al Sud  
por cardos y paja brava...

Ese era el mejor momento  
para reanudar el viaje,  
y Vega, sin mucho ambaje  
dijo con timbrado acento:  
—Levantemos campamento,  
amigo, sin dilación:  
que atento a una invitación